

# Sobre *Mañana no será lo que Dios quiera*. Biografía novelada de Luis García Montero

Jorge Sanz Barajas

GARCÍA MONTERO, LUIS: *Mañana no será lo que Dios quiera*, Madrid, Alfaguara, 2009, 1.<sup>a</sup> ed., 420 pp.

«Para que yo me llame Ángel González,  
Para que mi ser pese sobre el suelo  
Fue necesario un ancho espacio  
Y un largo tiempo».

Quisiera traer a estas páginas, aunque haya pasado un tiempo desde su edición, un excelente libro de Luis García Montero, la biografía novelada de Ángel González. Las razones de este rescate (Dios nos asista, hablar de rescatar un libro a los dos años de su publicación...) son obvias, pero las iremos desgranando poco a poco.

Con la recurrencia que piden los tiempos, el género de la biografía

novelada se hace hueco en los aparadores de las librerías. Novelar una vida tiene el riesgo de interponer otro punto de vista, el del narrador, que distancia de manera inevitable la realidad de la ficción, pero tiene la oportunidad de dilatar los márgenes de la verosimilitud. Lo narrado ya no sólo es historia, sino también ficción histórica, aunque el momento que vivimos es más comprensible desde la ficción que desde la historia

misma. Decía hace unos días en Madrid el escritor italiano Niccolò Ammaniti, autor de la excelente sátira «Que empiece la fiesta», que Berlusconi le ha convertido en «un autor muy minimalista y realista» allí donde la realidad, en proporciones delirantes, ha superado a la ficción.

Desde que la mundialización engendró estilos de producción artística, tenemos serios problemas con la realidad. La historia es materia opinable, se transmite antes desde la novela que desde el ensayo, y los límites de lo veraz son tan frágiles como el currículum de quien edita. Cualquier cosa es medida de sí misma y de lo falso: hoy descubrimos que la famosa bloguera lesbiana siria Amina Abdalá Araf al Omari no era tal ni escribía desde Damasco, sino que se llamaba en realidad Tom MacMaster, era norteamericano y escribía desde Edimburgo. Todos los blogs de este perfil pueden estar ahora en entredicho, de donde se deduce que lo real sólo los es por una cuestión de voluntad. Queremos creer que lo que se narra es cierto, pero no podemos tener certezas. De ahí que Luis García Montero se pertreche en la voz misma de Ángel González como única fuente narrativa.

La biografía de Luis García Montero *Mañana no será lo que Dios*

*quiera* cuenta los primeros años de vida del poeta Ángel González. No se trata de un biografía cualquiera, pues el poeta granadino, albacea intelectual del autor de *Palabra sobre Palabra* o *Deixis en Fantasma*, trabajó de viva voz. Largas horas de conversación, cintas de cassette, pulcras revisiones de las anécdotas y recuerdos del poeta ovetense, convierten este libro en algo más que una biografía autorizada: se trata de un delicado esfuerzo por convertir a Ángel González en personaje de sí mismo, utilizando la voz narrativa de otro poeta que apenas se había dejado caer hasta ahora en los lindes de la narrativa. Tenemos felices deslices como el de Felipe Benítez Reyes (premio Nadal con *Mercado de espejismos* en 2007), esperamos tener más de García Montero a la vista del producto final.

Se trata de un libro mano a mano, o más bien boca a mano, pues fue el propio Ángel González quien goteó en un largo manojito de grabaciones, durante un verano compartido con el autor en la playa de Rota, los recuerdos que preñaron su infancia y que parieron su poética. Los recuerdos son siempre dolorosos. Ángel González no se sentía capaz de afrontar la historia de sus muertos, depurados y exiliados. Prefirió dar voz a su amigo Luis, que se envenenó con la pro-

sa que había en esa historia, y se curó con la poesía que sonaba en ese legado sonoro. Escogió la novela con buen criterio porque el ensayo le hubiera forzado a explicar más de lo que cuenta.

Es un hecho incuestionable que estamos en una edad madura para la biografía: si hace tres cuartos de siglo triunfaban las biografías noveladas de André Maurois o Stefan Zweig, en la actualidad la biografía de Cervantes escrita por María Teresa León años ha, y dramatizada en el Círculo de Bellas Artes en 2009 cosechó un éxito inopinado, mientras en los anaqueles de las librerías nos encontramos con biografías noveladas de Miguel Hernández, Javier Egea, Jesús Aguirre, Leon Trotsky... Autores como Mariano Vara, Felipe Alcaraz, Manuel Vicent o Leonardo Padura se abren paso en el hosco terreno de la narración biográfica de carácter histórico con brillantes reconstrucciones. Queremos saber qué pasó, pero no a cualquier precio, máxime en una edad literaria en la que la historia comienza siendo una excusa para escribir cualquier cosa que acaba siendo de todo menos historia.

La narración de García Montero consigue rescatar la cartografía sentimental de Ángel González; las emociones pulsan cada palabra porque al fin y al cabo estamos

leyendo la forja vital de un poeta. Los recuerdos saltan a cada paso, a tal punto que lo que estamos leyendo no es la narración sin más de una vida, sino la forma en que ésta fue vivida, desde dónde fue sentida, hacia dónde fue guiada, dónde horadó para hallar tanto como puso sobre el papel. Lo cuenta el propio Luis García Montero: «Una biografía puede decir cómo su hermano murió y cómo él le tuvo que dar la noticia a su madre. Pero yo he querido reflejar la emoción con la que Ángel siguió viviendo esa terrible escena y cómo se recordaba recorriendo la calles de Oviedo, acercándose a su casa, muy lento, paso a paso, porque se le caía el mundo encima al saber que tenía que darle la fatal noticia de su hermano muerto a su madre. Ángel es el caso único de poeta del 50 que vivió la Guerra Civil en el bando de los perdedores y pagó una altísima factura: la muerte del hermano, el exilio de otro, el castigo de la madre y de la hermana, y lo tenía muy presente».

El libro denota los valores fundantes de Ángel González: en primer lugar, la lealtad a sí mismo, que se respira desde el momento en que decide no ser él quien escriba unas memorias como hiciera Caballero Bonald; en segundo lugar, el convencimiento en el ser humano

desde una posición de desesperanza, como se percibe en *Sin esperanza, con convencimiento* (1961); en tercer lugar, la justicia entendida como acercamiento a aquel «otro» al que se desconoce; en cuarto y último lugar, la pedagogía como arma cargada de futuro y puerta del ser hacia el saber. Desde *Áspero Mundo* (1956) hasta *Otoños y otras luces* (2001), buena parte de la sentimentalidad gestacional de Ángel González está en los renglones con que nos regala García Montero. La voz interpuesta de García Montero infunde veracidad: tener que contar a otro que a su vez será quien cuente, salva a Ángel González de la tentación de toda autobiografía: la de convertirse en una autojustificación o aún peor, un ajuste de cuentas. O de vagar por los contornos de la verdad. Cuenta Gore Vidal en las tuyas que en cierta ocasión preguntó a su amigo John Osborne si tomaba notas para sus memorias, éste le respondió: «En realidad creo que me lo invento todo». Ya se sabe que de la boutade al hecho hay un trecho, pero quizá no tan largo.

Pero esta novela emprende otro viaje que acoge múltiples viajeros en sus alforjas: la amistad, apren-

didada en los años difíciles en los que, como dice García Montero, «las puertas se abrían con contraseñas porque siempre había un familiar o un amigo que podía morir si se franqueaba el paso a la persona equivocada»; aprieta a unos personajes contra otros, tiñéndolos de humanidad aunque sólo se les destinen unas palabras. No en vano, la amistad es otro de los valores más dinámicos en la feraz matriz poética de Ángel González.

Hay poetas de raza que escriben como respiran, por pura necesidad, y en sus palabras uno puede hallar el hálito de la vida. José Mascaraque, sacerdote de Moratalaz, poeta, fundador del grupo Síntesis y padrino intelectual del inefable Jorge Riechmann, dijo en unos versos quizá aún inéditos: «La esperanza no me pertenece, la desesperanza tampoco, lo único que tengo es fortaleza». Estos versos bien pudiera haberlos firmado el propio Ángel, como otros inmensos poetas jóvenes como el propio Jorge Riechmann o Quique Falcón. La poesía de Ángel González tiene costuras humanas, y es de ley reconocerle a Luis García Montero la virtud de haber sabido hallarlas y contarlas con la sabiduría de un veterano narrador. ■